

CAPÍTULO 9. LA PETICIÓN

El siguiente elemento en la oración que observo es LA PETICIÓN. ¡Cuán a menudo vamos a las reuniones de oración sin realmente pedir nada! Nuestras oraciones dan la vuelta al mundo sin que se pida nada concreto. No esperamos nada. Mucha gente se sorprendería enormemente si Dios realmente respondiera sus oraciones. Recuerdo haber oído hablar de un hombre muy elocuente que dirigía una reunión en oración. No había una sola petición concreta en toda ella. Una pobre mujer sincera gritó: «¡Pídele algo, hombre!». ¡Cuán a menudo se oye lo que se llama oración sin ninguna petición! «Pedid, y recibiréis».

Creo que si quitamos todos los obstáculos del camino, Dios responderá nuestras peticiones. Si dejamos el pecado y entramos en su presencia con manos limpias, como nos ha mandado que vengamos, nuestras oraciones tendrán poder ante Él. En el Evangelio de Lucas tenemos como gran complemento a la Oración de los Discípulos: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá». Algunas personas piensan que a Dios no le gusta que le molestemos con nuestra constante venida y petición. La única manera de molestar a Dios es no venir en absoluto. Él nos anima a venir a Él repetidamente y a insistir en nuestras peticiones.

Creo que encontrarán tres clases de cristianos en la iglesia hoy. Los primeros son los que piden; los segundos, los que buscan; y los terceros, los que llaman.

«Maestro», dijo un muchacho brillante, de rostro serio y sincero, «¿por qué hay tantas oraciones sin respuesta? No lo entiendo. La Biblia dice: “Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”; pero me parece que muchos llaman y no se les admite». «¿Nunca te sentaste junto a tu alegre fuego de la sala», dijo el maestro, «en alguna noche oscura, y oíste un fuerte golpear en la puerta? Al ir a atender el llamado, ¿no has mirado a veces hacia la oscuridad, sin ver nada, pero oyendo los pasos apresurados de algún muchacho travieso, que llamó pero no deseaba entrar, y por lo tanto huyó? Así sucede a menudo con nosotros. Pedimos bendiciones, pero en realidad no las esperamos; llamamos,

pero no tenemos la intención de entrar; tememos que Jesús no nos oiga, que no cumpla sus promesas, que no nos admita; y entonces nos vamos».

«Ah, ya veo», dijo el muchacho de rostro serio, con los ojos brillando por la nueva luz que amanecía en su alma: «No se puede esperar que Jesús responda a golpes de quien huye. Él nunca lo ha prometido. Pienso seguir llamando, llamando, hasta que no pueda evitar abrir la puerta».

Con demasiada frecuencia llamamos a la puerta de la misericordia y luego huimos, en lugar de esperar una entrada y una respuesta. Así actuamos como si tuviéramos miedo de que nuestras oraciones fueran respondidas.

Mucha gente ora de esa manera; no esperan la respuesta. Nuestro Señor nos enseña aquí que no solo debemos pedir, sino que debemos esperar la respuesta; si no viene, debemos buscar para encontrar la razón. Creo que obtenemos muchas bendiciones simplemente pidiendo; otras no las obtenemos, porque puede haber algo en nuestra vida que necesita ser sacado a la luz.

Cuando Daniel comenzó a orar en Babilonia por la liberación de su pueblo, buscó encontrar cuál era el problema, y por qué Dios había apartado su rostro de ellos. Así que puede haber algo en nuestra vida que esté reteniendo la bendición; si lo hay, queremos descubrirlo. Alguien, hablando sobre este tema, ha dicho: «Hemos de pedir con la humildad de un mendigo, buscar con la diligencia de un siervo, y llamar con la confianza de un amigo».

¡Cuán a menudo la gente se desanima y dice que no sabe si Dios responde o no la oración! En la parábola de la viuda importuna, Cristo nos enseña cómo no solo debemos orar y buscar, sino encontrar. Si el juez injusto escuchó la petición de la pobre mujer que insistía en sus derechos, ¡cuánto más escuchará nuestro Padre Celestial nuestro clamor! Hace muchos años, un irlandés en el estado de Nueva Jersey fue condenado a ser ahorcado. Se ejercieron todas las influencias posibles sobre el Gobernador para que el hombre fuera indultado; pero él se mantuvo firme y se negó a modificar la sentencia.

Una mañana, la esposa del condenado, con sus diez hijos, fue a ver al Gobernador. Cuando él llegó a su oficina, todos cayeron sobre sus rostros ante él y le suplicaron que tuviera misericordia del esposo — del padre.

El corazón del Gobernador se conmovió; e inmediatamente escribió un indulto. La insistencia de la esposa y de los hijos salvó la vida del hombre, tal como la mujer en la parábola, que al insistir en sus derechos, indujo al juez injusto a conceder su petición.

Fue esto lo que trajo la respuesta a la oración del ciego Bartimeo. La gente, e incluso los discípulos, intentaron acallarlo; pero él solo gritó aún más fuerte: «¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!»

La oración apenas se menciona en la Biblia sola; es oración y fervor; oración y vigilancia; oración y acción de gracias. Es un hecho instructivo que a lo largo de las Escrituras la oración está siempre vinculada con algo más. Bartimeo estaba ferviente, y el Señor oyó su clamor.

Entonces, el tipo más elevado de cristiano es aquel que ha ido más allá del pedir y el buscar, y sigue llamando hasta que la respuesta llega. Si llamamos, Dios ha prometido abrir la puerta y conceder nuestra petición. Puede que pasen años antes de que la respuesta llegue; Él puede mantenernos llamando; pero ha prometido que la respuesta vendrá.

Les diré lo que creo que significa llamar. Hace varios años, cuando estábamos teniendo reuniones en cierta ciudad, llegó un punto en el que parecía haber muy poco poder. Convocamos a todas las madres y les pedimos que se reunieran y oraran por sus hijos. Alrededor de mil quinientas madres se reunieron y derramaron sus corazones a Dios en oración. Una madre dijo: «Desearía que oraran por mis dos hijos. Se han ido de juerga borracha; y parece como si mi corazón se fuera a romper». Era una madre viuda. Algunas madres se reunieron y dijeron: «Tengamos una reunión de oración por estos muchachos». Clamaron a Dios por estos dos hijos pródigos; y ahora vean cómo Dios respondió su oración.

Ese día, estos dos hermanos habían planeado reunirse en la esquina de la calle donde se estaban celebrando nuestras reuniones. Iban a pasar la noche en el

libertinaje y el pecado. Alrededor de las siete, el primero llegó al lugar acordado; vio a la gente entrar a la reunión. Como era una noche tormentosa, pensó que entraría por un rato. La palabra de Dios le alcanzó, y entró a la sala de consulta, donde entregó su corazón al Salvador.

El otro hermano esperó en la esquina hasta que la reunión terminó, esperando que su hermano viniera; no sabía que había estado en la reunión. Había una reunión de jóvenes en la iglesia cercana, y este hermano pensó que le gustaría ver lo que estaba sucediendo; así que siguió a la multitud hasta la reunión. También fue impresionado por lo que escuchó, y fue el primero en entrar a la sala de consulta, donde encontró paz. Mientras esto sucedía, el primero había ido a casa para alegrar el corazón de su madre con las buenas nuevas. La encontró de rodillas. Había estado llamando a la puerta del trono de la gracia. Mientras lo hacía, su hijo entró y le dijo que sus oraciones habían sido respondidas; su alma estaba salva. No pasó mucho tiempo antes de que el otro hermano entrara y contara su historia: cómo él también había sido bendecido.

El lunes siguiente por la noche, el primero en levantarse en la reunión de nuevos conversos fue uno de estos hermanos, quien contó la historia de su conversión. Apenas había tomado asiento, cuando el otro saltó y dijo: «Todo lo que mi hermano les ha contado es verdad, porque yo soy su hermano. El Señor verdaderamente nos ha alcanzado y nos ha bendecido».

Supe de una esposa en Inglaterra que tenía un esposo inconverso. Ella resolvió que oraría cada día durante doce meses por su conversión. Cada día a las doce en punto iba a su habitación a solas y clamaba a Dios. Su esposo no le permitía hablarle sobre el tema; pero ella podía hablar con Dios en su nombre. Puede ser que usted tenga un amigo que no desea que se le hable acerca de su salvación; usted puede hacer como hizo esta mujer: ir y orar a Dios al respecto. Los doce meses pasaron, y no había señal de que él cediera. Ella resolvió orar seis meses más; así que cada día iba sola y oraba por la conversión de su esposo. Los seis meses pasaron, y aún no había señal, ni respuesta. Surgió la pregunta en su mente: ¿podría renunciar a él? «No», dijo ella; «oraré por él mientras Dios me dé aliento». Ese mismo día, cuando él llegó a casa para la cena, en lugar de ir al

comedor, subió las escaleras. Ella esperó, y esperó, y esperó; pero él no bajó a cenar. Finalmente, ella fue a su habitación y lo encontró de rodillas clamando a Dios para que tuviera misericordia de él. Dios lo convenció de pecado; no solo se hizo cristiano, sino que la Palabra de Dios tuvo libre curso y fue glorificada en él. Dios lo usó poderosamente. Esa fue la respuesta de Dios a las oraciones de esta esposa cristiana; ella llamó, y llamó, hasta que la respuesta llegó.

Escuché algo el otro día que me animó grandemente. Se había estado orando por un hombre durante unos cuarenta años, pero no había señal de respuesta alguna. Parecía como si fuera a morir siendo uno de los hombres más justos ante sus propios ojos sobre la faz de la tierra. La convicción llegó en una noche. Por la mañana, envió a buscar a los miembros de su familia y dijo a su hija:

«Quiero que ores por mí. Ora para que Dios perdone mis pecados; toda mi vida no ha sido más que pecado, pecado». Y toda esta convicción llegó en una noche. Lo que necesitamos es llevar nuestro caso directamente al trono de Dios. He conocido a menudo casos de hombres que venían a nuestras reuniones, y aunque no podían oír una palabra de lo que se decía, parecía como si algún poder invisible se apoderara de ellos, de modo que eran convencidos y convertidos allí mismo.

Recuerdo que en un lugar donde estábamos teniendo reuniones, una esposa vino a la primera reunión y me pidió que hablara con su esposo. «No está interesado», dijo ella, «pero tengo la esperanza de que llegue a estarlo». Hablé con él, y creo que apenas he hablado con un hombre que pareciera tan justo ante sus propios ojos. Parecía como si hubiera podido hablarle igual a un poste de hierro; parecía tan encerrado en su propia justicia. Dije a su esposa que no estaba interesado en absoluto. Ella dijo: «Le dije eso, pero yo estoy interesada por él». Durante todos los treinta días que estuvimos allí, esa esposa nunca lo abandonó. Debo confesar que ella tenía diez veces más fe por él que yo. Le había hablado varias veces, pero no podía ver ningún rayo de esperanza. La penúltima noche, el hombre vino a mí y dijo: «¿Quiere verme en otra habitación?» Me aparté con él y le pregunté cuál era el problema. Él dijo: «Soy el mayor pecador del Estado de Vermont». «¿Cómo es eso?», dije. «¿Hay algún pecado particular del que haya

sido culpable?» Debo confesar que pensé que había cometido algún crimen terrible que estaba encubriendo, y que ahora quería hacer confesión. «Toda mi vida», dijo, «no ha sido más que pecado. Dios me lo ha mostrado hoy». Le pidió al Señor que tuviera misericordia de él, y se fue a casa regocijándose en la seguridad del perdón de sus pecados. Hubo un hombre convencido y convertido en respuesta a la oración. Así que, si usted está ansioso por la conversión de algún pariente o de algún amigo, decídase a no darle descanso a Dios, ni de día ni de noche, hasta que Él conceda su petición. Él puede alcanzarlos, dondequiera que estén: en sus lugares de trabajo, en sus hogares o en cualquier lugar, y traerlos a sus pies.

El Dr. Austin Phelps, en su *«Hora de Quietud»*, dice: «La perspectiva de alcanzar un objetivo siempre afectará así la expresión del deseo intenso. El sentimiento que se volverá espontáneo en un cristiano bajo la influencia de tal confianza es este: "Vengo a mis devociones esta mañana en una misión de la vida real. Esto no es un romance ni una farsa. No vengo aquí para repetir una fórmula de palabras; no tengo deseos sin esperanza que expresar. Tengo un objetivo que alcanzar; tengo un fin que cumplir. Este es un asunto en el que estoy a punto de comprometerme. Un astrónomo no dirige su telescopio a los cielos con una esperanza más razonable de penetrar esos cielos distantes, de la que yo tengo de alcanzar la mente de Dios al elevar mi corazón ante el trono de la gracia. Este es el privilegio de mi llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Incluso mi voz vacilante ha de ser oída ahora en el cielo; y va a poner en marcha un nuevo poder allí, cuyos resultados solo Dios puede conocer, y solo la eternidad puede desarrollar. Por tanto, oh Señor, tu siervo halla en su corazón elevar esta oración a ti"».

Jeremy Taylor dice: «La facilidad del deseo es un gran enemigo del éxito de la oración de un buen hombre. Debe ser una oración intensa, celosa, ocupada y operativa; porque considera qué enorme indecencia es que un hombre hable a Dios por una cosa que no valora! Nuestras oraciones reprenden a nuestros espíritus cuando pedimos débilmente por aquellas cosas por las cuales deberíamos estar dispuestos a morir, que son más preciosas que los cetros

imperiales, más ricas que los despojos del mar o los tesoros de las colinas de la India».

El Dr. Patton, en su obra sobre *«Respuestas Notables a la Oración»*, dice: «Jesús nos manda buscar. Imagina a una madre buscando a un hijo perdido. Ella mira por toda la casa, y a lo largo de las calles, luego busca en los campos y bosques, y examina las orillas del río. Un vecino sabio la encuentra y le dice: "Sigue buscando, mira por todas partes; busca en cada lugar accesible. No encontrarás, ciertamente; pero buscar es algo bueno. Pone la mente en tensión; fija la atención; ayuda a la observación; hace que la idea del niño sea muy real. Y luego, después de un tiempo, dejarás de querer a tu hijo". Las palabras de Cristo son: "llamad, y se os abrirá". Imagina a un hombre llamando a la puerta de una casa, mucho tiempo y fuerte. Después de haber hecho esto durante una hora, se abre una ventana, y el ocupante de la casa asoma la cabeza y dice: "Muy bien, amigo mío; no abriré la puerta, pero sigue llamando: es un excelente ejercicio, y serás más saludable por ello. Sigue llamando hasta la puesta del sol; y luego vuelve, y llama todo el día de mañana. Después de algunos días pasados así, alcanzarás un estado mental en el que ya no te importará entrar". ¿Es esto lo que Jesús quiso que entendiéramos cuando dijo: "Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá"? Sin duda, uno pronto dejaría de pedir, de buscar y de llamar; pero ¿no sería por disgusto?»

Nada es más agradable a nuestro Padre celestial que la oración directa, importuna y perseverante. Dos damas cristianas, cuyos esposos estaban inconversos, sintiendo su gran peligro, acordaron pasar una hora cada día en oración unida por su salvación. Esto continuó durante siete años, cuando deliberaron si deberían seguir orando, tan inútiles parecían sus oraciones. Decidieron perseverar hasta la muerte y, si sus esposos iban a la perdición, debería ser cargada de oraciones. Con renovadas fuerzas, oraron tres años más, cuando una de ellas fue despertada en la noche por su esposo, quien estaba en gran angustia por el pecado. Tan pronto como amaneció, se apresuró, con alegría, a contarle a su compañera de oración que Dios estaba a punto de responder sus oraciones. ¡Cuál fue su sorpresa al encontrar a su amiga viniendo hacia ella con el

mismo mensaje! Así, diez años de oración unida y perseverante fueron coronados con la conversión de ambos esposos en el mismo día.

No podemos ser demasiado frecuentes en nuestras peticiones; Dios no se cansará de las oraciones de sus hijos. Sir Walter Raleigh pidió un favor a la Reina Isabel, a lo que ella respondió: «Raleigh, ¿cuándo dejarás de mendigar?» «Cuando Su Majestad deje de dar», respondió él. Así de continuada debe ser nuestra oración.

El Sr. George Müller, en un discurso reciente dado por él en Calcuta, dijo que en 1844 cinco personas fueron puestas en su corazón, y comenzó a orar por ellas. Pasaron dieciocho meses antes de que una de ellas se convirtiera. Siguió orando por cinco años más, y otra se convirtió. Al cabo de doce años y medio, una tercera se convirtió. Y ahora, durante cuarenta años, había estado orando por las otras dos, sin faltar ni un solo día por ningún motivo; pero aún no se habían convertido. Se sentía animado, sin embargo, a continuar en oración; y estaba seguro de recibir una respuesta con respecto a los dos que aún resistían al Espíritu.

«Para Ver Su Rostro»

«Dulce es el precioso don de la oración,
Inclinarse ante un trono de gracia;
Dejar allí cada carga nuestra,
Y obtener nuevas fuerzas para correr nuestra carrera;
Ceñir nuestra armadura celestial,
Dependiendo solo del Señor.

«Y dulce es el susurro de su amor,
Cuando la conciencia se hunde bajo su peso,
Que ordena a nuestros temores culpables apartarse,
Y señala la sangre expiatoria de Cristo;
Oh, entonces es dulce en verdad saber
Que Dios puede ser justo y misericordioso también.»